

# **Instituto Inmaculada**

## **-Reseña Histórica-**

### **Pórtico**

La memoria es como un árbol que hunde sus raíces en el tiempo y atrapa desde lo recóndito, imágenes, rostros, palabras, vivencias... que impregnan la vida de personas, comunidades, pueblos, instituciones...etc. Para nuestra crónica, nos valdremos de ese mecanismo o ejercicio mental que llamamos "memoria": término que surge desde el fondo de la historia donde tienen origen los grandes relatos de la humanidad.

Los griegos la llamaban "anamnesis", que significa "recuerdo" y los hebreos hicieron de ese ejercicio la base de la transmisión oral de padres a hijos, de los relatos del Exodo y de la épica de Abrahám, Moisés, Isaac y Jacob; de las obras maravillosas de Dios (las "magnolia Dei") y en especial de la historia de la Salvación que compartimos los cristianos.

Hablamos de la memoria; de esa realidad sencilla, obvia, maravillosa: "tan obvia, -dice el recordado biblista L. A. Schókel- que no la vemos y tan sabida, que no la profundizamos. Aquí no nos referimos a la memoria de los sentidos (que también tienen los animales) sino a la memoria consciente, como acto del espíritu humano y que es correlativa a nuestro ser y deambular en el tiempo. Nos permite hacer presentes hechos, datos, lejanos, arrinconados o escondidos en el espacio y en el tiempo... No hablamos de mecanismo, sino de conciencia y nos preguntamos: ¿en qué cavernas, en qué depósitos se conservan esos datos innumerables?; ¿cómo se mantienen dormidos y vigilantes para presentarse cuando haga falta?; ¿qué resorte los hace acudir a la conciencia, llamados o no?

Hay, también una memoria social o colectiva. Existe una memoria comunitaria del pasado, un recuerdo compartido, a tal punto (se podría decir), que un grupo humano que no comparta alguna memoria no forma sociedad. Incluso sociedades pequeñas, como la familia o el clan, poseen y cultivan sus recuerdos comunes: "recuerdos de familia" los llamamos... Y si ensanchamos el ámbito a un pueblo o nación, estos recuerdos se convierten en "crónicas" e "historia..."

De algunos hechos particulares la memoria se actualiza en forma de celebración festiva: día de la Independencia, del Santo protector, de la Victoria, de un descubrimiento, etc. Hay también memorias infaustas, dolorosas... En la celebración ha de participar la comunidad, de modo que sea pública y colectiva." (L. A. Schókel).

Esta breve introducción, me invita a referirme puntualmente a la memoria festiva de una comunidad, de un proyecto educativo, de una mansión emblemática que dio origen a un barrio y a un pueblo..., en pocas palabras, me estoy refiriendo a las "Bodas de Oro" del Instituto Inmaculada de Castelar y de la casona recientemente declarada por el Concejo Deliberante del partido de Morón "lugar histórico", es decir: "bien patrimonial de interés municipal".

### **Preliminares**

Primero fueron los veinticinco... luego los cuarenta... y ya van sumando cincuenta los años en que comenzamos en Castelar a transitar y comprometernos con la comunidad en el campo educativo. Para ser más preciso, tendría que decir que "continuamos", puesto que ya habíamos comenzado tímidamente, aunque con entusiasmo e ilusión, en Villa Udaondo dos años antes, en 1957.

¿Qué nos impulsó a ello?: ¿ilusión, audacia, aventura, respuesta a un desafío histórico coyuntural...? Quizás un poco de cada cosa... Lo cierto es que un día comenzamos y lo asumimos como compromiso con la comunidad y la sociedad de Castelar y del Oeste bonaerense.

¿Por qué este relato ahora y no antes? ¿Por qué yo, con tantas limitaciones para expresarme, habiendo tantos más indicados por competencia y profesión? Quizás

porque nadie se animó a comenzar primero, o tal vez, como respuesta a las inquietudes de muchos amigos que a lo largo de los años me pidieron que escribiera lo que sabía sobre Inmaculada. Lo cierto es que nunca me animé, precisamente por las limitaciones expresadas arriba.

No obstante, a pesar de lo dicho, admito que me considero un testigo privilegiado de esta recordación aunque, insisto, me gusta hacerlo desde el relato informal, la anécdota, la charla espontánea... Quienes me conocen saben que me costó y me cuesta mucho poner en orden, por escrito y de manera orgánica ese bagaje de experiencias y vivencias que se fueron acumulando a través de tantos años. Así se fueron sucediendo, encuentros, entrevistas, charlas ocasionales, que a manera de fogones imaginarios entre mate y mate permitieron el relato oral, que otros fueron plasmando en artículos de periódicos, revistas, ensayos, y otros tipos de narraciones escritas o ilustradas. Recuerdo, por ejemplo, que en 1980 tuve una entrevista con noteros del diario Clarín en la que manifesté lo que hasta ese momento sabía o, mejor, había oído sobre el "castillo" y también sobre un proyecto cultural a futuro. En el mismo año fue La Nación quien se interesó por nuestra historia y nuevamente Clarín puso su mirada sobre la Capilla Dulce Nombre de María<sup>^</sup>, atraídos por su diseño moderno, sobrio y sencillo a la vez, y por el colorido y las formas sugerentes de sus vitrales.

Fueron muchas las horas de charla tenidas también sobre el tema con alumnos y alumnos de nuestro Instituto, como también de escuelas vecinas y de Facultades de la zona, interesados por desentrañar el misterio escondido en sus muros o atraídos por la fantasía del imaginario colectivo. Grabaciones, fotos, apuntes, preguntas interminables para satisfacer su insaciable curiosidad o para elaborar sus monografías y tesis en algunos casos. A todos les pedía que me trajeran sus trabajos para enriquecer el archivo, pero fue en vano. Espero que si alguna vez leen este relato, recapaciten y hagan la devolución prometida.

Sonó por fin la hora del cincuentenario y se multiplicaron las encuestas, las notas y entrevistas para seguir charlando de lo mismo, a través de publicaciones y revistas zonales de amigos y vecinos; a veces por iniciativa propia y otras, impulsados por relatos de ex-alumnos, hoy padres y abuelos orgullosos de compartir esta historia. Cito, a modo de ejemplo, notas aparecidas en algunas publicaciones como: "Castelar-nuestro encuentro", "Espacio oeste", "Entre todos", "Derecho viejo", "Clarín zonal", etc.

Sin embargo, lo más relevante gira en torno a mi encuentro con miembros del Instituto y Archivo Histórico Municipal de Morón (IAHM), hecho que merece una consideración particular, por tratarse de un momento interesante dentro de nuestra historia, como veremos a continuación.

En efecto, hacía mucho tiempo (quizás desde que conversé con los noteros de Clarín en 1980) que me inquietaba el futuro de nuestro emblemático "castillo", amenazado por el implacable deterioro provocado por el paso del tiempo, y me ilusionaba pensando en una posible restauración a cargo de algún ente oficial, debido al innegable valor histórico del inmueble. Gestión que intenté varias veces, sin resultado positivo.

Pasaron veinticinco años desde entonces cuando, en 2006, recibí la visita de la Prof. Graciela Sáez, Directora del Museo Histórico, acompañada por el ex-alumno de Inmaculada Lic. Carlos María Birocco. En una charla extensa, pormenorizada y amena, le referí todo lo atinente al "castillo" y a la historia de Inmaculada en Cas telar. De este encuentro surgió el interés por declarar al inmueble "bien patrimonial de interés municipal". Se realizaron después otros encuentros seguidos de las actuaciones correspondientes.

A las anteriores, se sumó otra visita de la Prof. Graciela Sáez, esta vez acompañada por los arquitectos Angel Di Santo y Gladys Damia, del Departamento de Preservación dependiente de la Dirección Provincial de Patrimonio Cultural (La Plata) quienes también, luego de un relevamiento fotográfico, vieron la conveniencia de que el inmueble fuese declarado "bien patrimonial de interés provincial".

En junio de 2007, continuaron los contactos con la Dirección del Instituto y Archivo Histórico de Morón, el cual elevó al Sr. Intendente Martín Sabatella, un Anteproyecto de Ordenanza a efectos de declarar al Castillo como "Bien Patrimonial de Interés Municipal", hecho que ocurrió finalmente el 23 de abril de 2009.

Decía que el encuentro con la Directora del Museo Histórico fue muy relevante, porque todo el material oral, gráfico y fotográfico que le fui proporcionando, sirvió de base y aliciente para la investigación y elaboración de un estudio más completo y orgánico sobre nuestra historia. En efecto, todo lo que fui charlando de manera coloquial, espontánea y a veces deshilvanada, fue tomando forma ordenada y orgánica.

Por esta razón utilizaré como fuente (a riesgo de incurrir en repeticiones) el estudio de la Prof. Graciela Sáez (la citaré como G.S.), publicado en el número especial de la Revista de Historia Bonaerense (Agosto 2008 - Año XV, N° 33), bajo el título de "El Castillo de los Ayerza" y dedicado especialmente a Inmaculada en el marco de los 50 años de compromiso educativo al servicio de la comunidad.

### **Desde la buhardilla**

... podría comenzar también "desde el túnel"... pero desde el túnel se ve poco. Se proyecta la mirada hacia adelante, o hacia atrás... pero hacia arriba o hacia abajo choca con el techo o con el piso. Además al túnel yo no lo vi. Me hablaron del mismo como algo que debió existir... Está en el imaginario colectivo, pero nadie aporta datos concretos... sólo interrogantes. No lo niego ni lo afirmo. Yo no lo vi y tengo opinión formada como algo imaginario, mítico. Sin embargo no quisiera ofender la ilusión de los que dicen que lo vieron o de los que todavía esperan encontrarlo.

Por eso comienzo "desde la buhardilla". Me inspiró la presencia de un aguilucho que desde la cúspide de una torrecita del castillo, donde se posaba curioso, paseaba su mirada aguda sobre quienes lo mirábamos asombrados, envidiando su posición inquisidora. Posiblemente lo atrajeron las palomas que suelen revolotear incansables sobre los desprevenidos padres y alumnos, entretenidos entre charlas y anécdotas a la espera de la entrada o salida del recreo o de la escuela, para luego refugiarse en los pinos circundantes o en las cornisas altas.

Además, como veremos más adelante, la buhardilla (para otros "el altillo" o "el ático" para los más refinados) fue también mi hábitat, desde que los Oblatos llegados desde Villa Udaondo tomamos posesión del enigmático castillo. Desde allí se veía todo lo que podía ambicionar la mirada en aquel barrio tranquilo y silencioso de 1959.

Entonces no existía el complejo Plaza Oeste (Jumbo), la avenida Vergara no sé había convertido en boulevard, no habían esos edificios altos que obstaculizan la proyección de la mirada, no imaginábamos la agitación febril provocada por el crecimiento vegetativo del alumnado de Inmaculada y del Sagrado, por supuesto faltaba el bloque edilicio contiguo al castillo y ni imaginar el crecimiento del parque automotor..., todo era más tranquilo y casi pueblerino.

Desde la buhardilla poblada de historias, recuerdos, anécdotas..., surgían incesantes los interrogantes sobre el pasado remoto y el reciente. La mirada entonces se proyectaba hacia atrás imaginando cómo sería la vida social, política, económica y cultural, la vivienda y las costumbres en el tiempo colonial, antes que se diseñara la fisonomía del oeste bonaerense y en particular de lo que es hoy Ituzaingó, Parque Leloir, Villa Udaondo, Morón y Castelar.

### **Las tierras de Villa Udaondo y Parque Leloir**

Comienzo con los antecedentes históricos de Villa Udaondo, porque allí comenzó el entonces "Colegio adscrito Inmaculada" en 1957. No oculto que para mí, este hecho reviste particular importancia, porque Villa Udaondo se convirtió, desde 1947, en destino de un grupo entusiasta de jóvenes miembros de la Acción Católica de la parroquia San Roque de Villa Ortúzar (Capital Federal) perteneciente a los Oblatos

de la Virgen María, desde donde veníamos en camión (cosa hoy impensable debido a las normas de seguridad vigentes) los fines de semana, impulsados por la práctica del voluntariado, puesto que entonces Villa Udaondo era un barrio marginal y carenciado (y lo sigue siendo en diversos sectores, lamentablemente).

También nos impulsaba el deseo de compartir momentos inolvidables de vida al aire libre y convivencia a orillas del Río Reconquista (entonces se llamaba "De las Conchas" y tenía aguas limpias donde se podía nadar y pescar) y otras prácticas deportivas como el cross country, atravesando el Haras Myriam hasta el Puente de Márquez o las casuarinas del Puente Roca (hoy "Camino del Buen Aire").

Además, pensando en estos lugares, es insoslayable la referencia al "campito", sobre Martín Fierro, a pocas cuadras del antiguo Puente Roca. Me refiero al campo de deportes Bruno Lanteri, que constituye una historia dentro de la historia de Inmaculada. Allí llegamos hace treinta años y se convirtió en el gran pulmón de vida al aire libre de padres, alumnos y familias del Colegio. Escenario obligado de las actividades de "Vida en la naturaleza", campamentos, fogones, día de la familia, torneos y competencias de diversas expresiones deportivas, etc.

Así describe el origen de estas tierras la Comisión pro-estudio histórico Udaondo-Leloir: "Desde la colonización hasta mediados del siglo pasado estas tierras sólo constituyeron un lugar de tránsito hacia el Norte y Noroeste. Ya en las primeras décadas del 1700 existía el camino de Saona, que salía de Flores hacia el Río de las Conchas.

Era una vía vecinal, pero cobró importancia rápidamente a raíz de la construcción de un puente rústico y fuerte en 1773 por Don Pedro de Márquez. De todos modos, sólo algunas pulperías matizaban la desolada campaña. En 1810 se congregaron por aquí las primeras fuerzas patriotas que formarían el ejército del Norte. A partir de las luchas entre Unitarios y Federales empezó a ser muy transitada por las tropas beligerantes. Baste mencionar, precisamente, la batalla de Puente de Márquez en 1829 donde Rosas derrotó a Lavalle. En 1852 Urquiza forzó el paso por el puente con el Ejército grande, camino al Palomar de Caseros.

En 1859 el ilustre ingeniero y fundador Dn. Adolfo Sordeaux comenzó la primera mensura del partido de Morón. Ya había unos cuantos propietarios establecidos en el pago, y las tierras fiscales fueron divididas en 14 "chacras". En 1866 se resuelve por Ley Nacional que las tierras fiscales pertenecen a los municipios. Ese año se publica el plano, en el que aparecía marcado un antiguo camino de reseros que unía Merlo con el Paso de Morales (Hurlingham). Algunos apellidos de propietarios de la época (fueron): Albarado, Manrique, Vergara, Gallardo, Ponce de León. En 1886 aparece el primer Leloir; Alejandro, que se convertiría en poco tiempo en uno de los principales. Según surge de los documentos después de 1923, la mayor parte de las tierras están en poder de una extensa familia Leloir.

Pero ¿cuál es el origen de estos bosques que son nuestro orgullo y el motivo de tanta lucha conservacionista? Pues bien: estas arboledas no nacieron solas. La pampa no tenía ni tiene árboles. Los Leloir cumplieron la consigna de aquella hora: forestar. Trajeron a Don Carlos Thays para crear este paisaje excepcional. Más de 400.000 árboles fueron plantado-; o trovi'--; di- lo-; uno-; l.os establecimientos rurales, estancias, haras (como el Myriam) y cabañas (como la lamo-,a Tuyú) ocupaban toda el área y perduraron hasta bien entrado este siglo. En los campos alcaPur; ni arroyo .!joto existía un campo de aviación para las avionetas con que los Leloir se trasladaban a sus otra-; po-ii-sion«--; en Ios- pagos del Tuyú.

En 1933 comienza a circular el colectivo 216, desde Morón a Castelar hn-;!n Uduondo y De la Tradición. En 1940 se designa la zona como Villa Gobernador Udaondo. En 1941 se abre la Escuela Apostólica (1). Cuando en 1946 son expropiados los campos de la cabaft'a tuyú (que constituirán luego el INTA) comienzan los Leloir a vender las tierras vecinas y se origina así la gran subdivisión; en parte en trazado cuadrangular y en parte con el trazado sinuoso de las hermosas calles arboladas siguiendo las curvas de nivel.

En 1956 se abre la Escuela provincial N° 37 y en 1958 se instala el primer teléfono. De 1960 datan la fundación del Instituto Lourdes (2) y la sala de salud Sorkin (3). La Delegación Municipal fue establecida mucho después en 1980.

Pero debemos recordar que fue durante la primer Intendencia de Dn. César Albistur Villegas cuando se decreta la nueva nomenclatura de calles. Su gran amor por las tradiciones hace que hoy tengamos De la Vidalita, Martín Fierro, De la Guitarra, López Buchardo, Ollantay o Del mate amargo, por solo nombrar algunas.

A partir de 1980 en que se promulga la primera Ordenanza que delimita la reserva ecológica, se han sucedido muchas otras disposiciones tendientes a la protección del medio ambiente, que dan a esta localidad características únicas que todos debemos luchar por mantener, pues determinan nuestra calidad de vida."

Notas: (1) Aclaro que la "Escuela Apostólica" se refiere a la Escuela Apostólica Inmaculada de los Padres Oblatos de la Virgen María inaugurada en 1942 en el terreno que ocupaba la Quinta "El Puchito" adquirida en 1941. (2) El Instituto N. 5. de Lourdes fue fundado efectivamente en 1960, luego de la partida del Instituto Inmaculada fundado allí mismo en 1957 -como transformación de la Escuela Apostólica- y trasladado a Castelar en 1959. (3) La sala de primeros auxilios Elena T. de Gorkin está instalada en terreno de N. S. de Lourdes -al lado de la entrada arbolada de la ex-Escuela Apostólica- cedido por la Congregación al Municipio de Morón para atender a los más carecientes del lugar.

Decía que para mí reviste sumo interés este lugar, porque allí conocí a la comunidad Oblata fundadora de nuestro Instituto (sacerdotes Eduardo Uhart, Otelo Ponzanelli, Néstor O. Domínguez) y porque, durante 1956, pude contribuir como voluntario al armado de bancos (pupitres) e instalaciones de lo que sería el Colegio, tarea que continué durante 1957, acompañando su inauguración. También, porque allí comencé a formar parte de la comunidad religiosa al realizar mi año de noviciado (en 1958), mientras realizaba tareas docentes y administrativas. Además, y esto fue muy valioso, conocí el primer grupo de docentes, padres colaboradores y alumnos que hoy son padres y abuelos, además de excelentes profesionales y trabajadores en distintas áreas de la comunidad.

### **Así comienza nuestra prehistoria...**

Cuentan las crónicas de los Padres Oblatos de la Virgen María que algunos misioneros, residentes en la parroquia de San Roque de Villa Ortúzar... "en el año 1941 visitaban Castelar, idealizando en cada terreno arbolado (la construcción de) un pequeño seminario. Es así que una benefactora de la Congregación (enterada de esa inquietud) compra la Quinta "El Puchito" de Villa Udaondo y la entrega a los Padres, quienes -en 1942- ponen en marcha la primera Escuela Apostólica (especie de Seminario menor)...

El estupor y lo sorprendente de este hecho providencial, teniendo en cuenta que para los porteños hablar de Morón o Castelar rayaba en la aventura, queda reflejado en la continuación del relato: "¡No llegamos a entender cómo la Congregación haya podido construir su Aspirantado menor argentino en este lugar, poco conocido por sus propios miembros, preocupados, como estaban, por terminar las iglesias parroquiales - todavía en construcción - y precisamente durante la gran guerra europea!...". Indudablemente había que buscar la respuesta en la Providencia divina: "...No hay otra explicación que la ayuda de Dios ("digitus dei est hic"- "el dedo de Dios está aquí")...

La breve crónica termina haciendo referencia a la finalización de la construcción y bendición del pequeño seminario y la capilla: "La capilla dedicada a Nuestra Madre y Fundadora, la Virgen María, y los locales destinados a la escuela, fueron solemnemente bendecidos el 12 de octubre de 1942...".

## **Antecedentes históricos**

Decíamos al comienzo, que la memoria es comparable a un árbol que hunde sus raíces en el tiempo, para rescatar desde allí los orígenes de la tierra que hoy estamos transitando:

"A partir de 1880, -escribe Graciela Sáez- los grandes propietarios de tierras cambian su relación con el mundo rural. Hasta ese momento, los establecimientos de campo tenían un equipamiento precario y sus viviendas eran austeras. El tipo de explotación de la tierra habla cambiado poco desde los tiempos de la Colonia. Pero hacia fines del siglo XIX, las condiciones variaron sustancialmente: se difundieron mejoras como el alambrado, el molino, la maquinaria agrícola y el refinamiento del ganado. Todo esto se vio acompañado de una nueva concepción de la vivienda rural, tanto en las estancias como en las cercanías de la ciudad.

El impulso del ferrocarril favoreció la urbanización de los partidos rurales más cercanos a Buenos Aires. SI bien continuó en ellos existiendo un importante sector agrícola-ganadero, la tierra se valorizó y se fraccionó en unidades más pequeñas, conocidas como quintas. Muchas de ellas fueron fincas de veraneo, mientras que otras continuaron siendo establecimientos productivos, a menor escala. En algunos casos, tendieron a la especialización. En el partido de Morón, la quinta "Los Olivos" de Juan B. Justo se orientó a la producción de oleaginosas. Otras fueron cabañas: la quinta "Victoria Farm", de Estanislao Zeballos, dedicada a la cría de cerdos de la raza Polland China, y las quintas de las familias Seré y Leloir, a la de caballos de raza. En ninguna faltaron las huertas y los árboles frutales, y otras como la de Martínez de Hoz y la de Ayerza, se caracterizaron por sus viveros de flores.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta la tercera década del XX, las clases adineradas de Buenos Aires, imitando las costumbres europeas, buscaron nuevos escenarios para pasar el tiempo libre. Así, localidades como Flores y Belgrano y muchos de los pueblos que hoy conforman el conurbano bonaerense se poblaron de lujosas residencias de veraneo. Desde las epidemias de cólera y fiebre amarilla, los porteños buscaron el "aire puro" de los partidos suburbanos. Las frondosas arboledas, la cercanía a algún curso de agua o los terrenos altos, pregonados por rematadores e higienistas, eran, justamente, las características que reunían localidades como Morón, Castelar o Ituzaingó. Numerosas familias porteños comenzaron a pasar largas temporadas en sus quintas y esto fue motivo de que se construyeran opulentas residencias rurales, lo que indicaba que la campaña comenzaba a percibirse como un medio apropiado para el despliegue de un nuevo y más sofisticado estilo de vida. Importantes familias de la oligarquía porteña construyeron mansiones y palacetes que competían en la ornamentación de sus interiores y en la belleza de sus parques y arboledas.

Dentro de esta nueva concepción de la vida en el campo, la localidad de Castelar, conocida como la "Córdoba chica", comenzó a ser promocionada por los rematadores, que destacaban no solamente su atractivo natural, sino también los apellidos de los ilustres propietarios que habían elegido el lugar para establecer sus quintas. Ya en noviembre de 1872, el periódico porteño La Tribuna publicaba un loteo de terrenos en la Loma Verde, hoy Castelar Norte, "lo más alto y pintoresco de todo el Oeste, en Morón, el Baden-Baden de la Provincia". Dos años más tarde, el rematador Francisco de la Serna vendía lotes en la actual localidad de Castelar -a la que denomina "El Chimborazo, se supone que por su altura- según se aprecia en el siguiente aviso: "En la misma cumbre del Chimborazo (parada del FC Oeste) a 2200 metros de Morón - Terrenos del Dr. Silveyra. Frente al grandioso chalet del Dr. D. D. Huergo - ¡Paraje elevadísimo! Circunvalado de palacetes y jardines preciosos de las familias y caballeros más notables de Buenos Aires. No ofrecemos desiertos. Vendemos sobre la parada - 200 lotes 200 - del tamaño que se quiera". De aquellas primeras residencias señoriales de Castelar, hoy queda un único exponente, en torno al cual se centra este artículo: el Castillo de los Ayerza de la quinta "San José", que actualmente forma parte del conjunto edilicio del Instituto Inmaculada." (S.S.).

Las tierras de Castelar - Quizás lo que sigue se torna más interesante aún, porque responde a una serie de interrogantes que, si bien no los formulamos explícitamente, forman parte indiscutible de nuestras inquietudes como ciudadanos de estos pagos y como integrantes de la familia plural de este barrio y de Inmaculada en particular. ¿Desde cuándo, desde dónde y desde quiénes vienen las tierras en las que hoy se asienta nuestra localidad y, en particular, nuestro barrio? "La localidad de Castelar - continúa G.S. - forma parte del Partido de Morón -de antiguo poblamiento-distante apenas 20km de la ciudad de Buenos Aires. Esta se halla al oeste de la Cañada de Juan Ruiz, más tarde conocida como Arroyo Morón. Las tierras de Morón fueron repartidas tempranamente, siendo Mateo Sánchez quien en 1596 recibió la suerte de chacra correspondiente a lo que hoy es Castelar. En los siglos siguientes hubo una fragmentación en varias chacras de medianas dimensiones. Así en 1835 encontramos cuatro propietarios importantes en la zona: Fermín Rodríguez, cuya panadería existía desde 1810 y estaba ubicada donde confluyen la Avda. Juan Manuel de Rosas y la Autopista del Oeste (hoy se encuentra allí el Shopping Plaza Oeste), Juan Angel del Río, los herederos de José González y la viuda de Pedro Andrés García. Según el censo, en 1838 habría en la zona (cuartel II del Partido) tan sólo 139 habitantes, dedicados al cultivo del trigo. Entre 1840 y 1852, Juan Manuel de Rosas convierte estas tierras en .un inmenso potrero de pastura para las caballadas del estado. Por ese tiempo Vicente González, Juez de Paz interino, era propietario de todo lo que hoy es el centro de Castelar a ambos lados de la vía. Después de la caída de Rosas, las propiedades que habían sido ocupadas y confiscadas, fueron recuperadas por sus dueños, que retomaron la explotación agrícola.

En 1859, el ferrocarril llegaba a Morón, marcando un verdadero punto de inflexión en su historia. Las tierras potenciaron su valor, se fragmentaron en quintas, y nuevos pobladores se establecieron tanto en el pequeño centro urbano como en la zona rural. La línea férrea llegó a la localidad de Moreno a fines del 60, y desde entonces las vías marcaron un norte y sur en este territorio. Es en esta época que comienzan a construirse las primeras residencias importantes en el Partido. Hacia el oeste del arroyo se elevaba una suave colina de tierra muy fértil, que desde 1870 llamaron Loma Verde. La localidad ya estaba conectada por el camino de Gaona, que conducía a Lujan, y un camino interno (lo que hoy es la Avda. Arias) unía los pueblos de Morón e Ituzaingó pasando por la actual Castelar.

Origen de las tierras de los Ayerza -

Hemos visto hasta aquí el origen de las tierras de Villa Udaondo, Leloir, Ituzaingó, Morón, Castelar... Ahora, con mirada retrospectiva indagamos el origen de las tierras que estamos pisando, del barrio cuyo epicentro es el Castillo que le da su nombre y desde donde emerge "la buhardilla" que alberga nuestra inquietud. Es emocionante comprobar que los antecedentes de nuestro barrio hunden sus raíces en el tiempo de la configuración de nuestro país.

En efecto, - continúa G.S. : "El proceso de fraccionamiento de la tierra, acelerado por la presencia del ferrocarril, atrajo a nuevos propietarios. Así Vicente González, cuya familia estaba en posesión de la tierra desde la época colonial, vendió una fracción con frente al arroyo a José Terejeta. En 1858, éste fraccionó el terreno y le vendió a Cosme Gavina una parcela al norte de las vías, que por ese entonces se estaban colocando. Surgió así el predio que cuarenta años más tarde se convertiría en la quinta de los Ayerza.

El 1 de junio de 1880, Gavina vendió esa parcela a José Sahores Prat, de origen francés, que posiblemente haya sido quien construyó la mansión que luego fue conocida como el Castillo de los Ayerza, transformando lo que hasta entonces era una mera explotación rural en finca de recreo. En mayo de 1888, hizo mensurar la propiedad y resultó que ésta tenía una superficie de 71.378 mts<sup>2</sup>. El 19 de junio de 1888, Sahores vendió la quinta a María Loreto Lebrero de Danusso, quien fue su propietaria hasta finales del siglo. En 1895, ella otorgó la parte del terreno en el que se encontraba el castillo a su hijo Artemio, pero conservó la otra parte frente al

arroyo, que vendió en 1898 a Aníbal Scaravelli. Tanto Artemio como Scaraveili vendieron sus terrenos a Rómulo Ayerza, el primero en 1896 y el segundo en 1898. El nuevo propietario de la finca, Rómulo Ayerza, había nacido en 1855. De profesión ingeniero civil, fue activo militante católico desde su juventud. Fue patrocinante y propulsor del grupo de jóvenes que organizó y puso en marcha los Cursos de Cultura Católica desde 1922. En 1924 fue el promotor de la entrevista de un grupo de católicos con el presidente Alvear, para manifestar su disconformidad con la actuación del Gobierno ante la situación del nombramiento del arzobispo de Buenos Aires.... Falleció en 1948.

La quinta, bautizada por Rómulo como "San José", se mantuvo en manos de sus descendientes durante más de medio siglo. Los Ayerza compartían con otras familias de la élite características comunes: eran poseedores de grandes extensiones de tierra, eran católicos militantes e integraban familias numerosas entrelazadas por alianzas matrimoniales. Algunos de sus miembros fueron destacados profesionales y hombres de estado. Eran, en suma, dignos representantes de la Argentina liberal fruto de la Generación del 80. Parte de ellos sigue, hasta la actualidad, poseyendo gran parte de las mejores tierras de la Argentina..."

A propósito, lamento no haber conseguido un libro del jesuíta Guillermo Furlong, que debió ser esclarecedor por la relación del autor con la familia Ayerza y por su oficio de historiador. De esa relación tuve conocimiento a través del testimonio de unos jóvenes, nietos de don Rómulo^que golpearon mi puerta una tarde de Domingo, inquietos por conocer el Castillo del que tuvieron noticia a través de la lectura de ese libro.

Tampoco me decidí a conversar sobre el tema con algunos descendientes de don Rómulo, a pesar de tener la posibilidad por contactos muy cercanos. Bien pude aprovechar la amistad que me ligaba a las hermanas religiosas del Sagrado Corazón Sara Pereyra y Martha Ayerza, antes que el Padre de la vida las convocara a su casa en la eternidad. Tuve sí, un encuentro muy rico y pleno de emociones y afectos con otra Ayerza, Magda, también hoy junto a sus hermanas y sus padres en la "Casa del Padre de todos".

Por ella supe de la amistad de los Ayerza con Don Orione, a quien ella atribuía su decisión de hacerse religiosa cuando aún era una niña. La anécdota confirma a la vez la existencia de la capilla doméstica y de las frecuentes celebraciones litúrgicas en el Castillo o alrededor del mismo. Un día -contaba- mientras jugábamos frente al Castillo pregunté a Don Orione si tendría vocación religiosa: "ya te lo dije", respondió. Magda, que entonces tenía 12 años, miró una estampita que él le había dado (como solía hacerlo con todos los niños) y observó que tenía la imagen del Sagrado Corazón, Congregación a la que luego perteneció. Este hecho confirma también el espíritu de clarividencia que caracterizaba al fundador del "Pequeño Cotelengo", hoy San Orione.

Sin embargo, a través de la investigación realizada por la Prof. Sáez, hoy veo colmada esa "laguna" dado que ella misma se contactó con los descendientes de Don Rómulo y por eso podemos gozar del testimonio directo de esa fuente viva, como veremos a continuación. Gracias a los relatos de Esther y Diego Ayerza podemos entrar con la imaginación en el predio que luego dará origen al "barrio Ayerza" y recorrer arboledas, casas, viveros, rosadales, plantaciones y otras construcciones menores, conectadas entre sí por avenidas y caminos principales y secundarios, encerrados en las 15 hectáreas de la quinta; todo convergiendo hacia el edificio principal del que hablaremos más adelante.

En efecto, continúa Graciela Sáez: "el Castillo, era la construcción más importante de este amplio predio. Pero existían otras construcciones. Hacia el arroyo estaban las caballerizas o cocheras y las casas de los peones que se ocupaban de la huerta y los viveros. "La quinta tenía cinco construcciones, la más antigua de todas era la del fondo, que le llamábamos la cochera o caballeriza. Se dice que estuvo Lavalle ahí, refiere Diego Ayerza.

"Casi enfrente de la cochera habla otra casa -que le llamábamos la casa chica- que era donde nosotros veraneábamos. El estilo de la casa diría que era más italiano. Tenía adelante una galería con sus columnas y después atrás el patio del fondo lo cerraba una gran reja donde habla rosas y plantas, y por supuesto un aljibe". Sobre lo que hoy es la calle Zapiola, había otra casa donde vivía el encargado: "La casa de Pedro Lind era colorada, baja, de un piso, que estaba yendo para la vía, atrás efe la casa grande. Ahí vivían peones, y también había un taller de carpintería para arreglar todo lo de la quinta."

La arboleda, los Jardines, la quinta de frutales y verduras - La propiedad de los Ayerza tenía una frondosa arboleda distribuida en jardines especialmente diseñados. Existía una gran variedad de especies entre las que se destacaba una anacahuita, un aguaribay que aún existe, un roble y una enorme tipa que actualmente se encuentran dentro del Instituto Inmaculada, ya que fue respetada cuando se construyó el colegio en ese lugar.

La Quinta San José, si bien no era una explotación agrícola, tenía una huerta y una importante plantación de árboles frutales. La huerta de verduras se encontraba entre las cocheras y el arroyo, en tanto que una gran variedad de árboles frutales ocupaban parte importante del terreno. También se destinaba a huerta el predio que ahora ocupa el Colegio Sagrado Corazón.

Recuerda Esther "Nos abastecíamos de todo tipo de fruta porque había todos los frutales. Habla higos, brevas, timones, toronjas, damascos, habla cuatro especies de ciruelas, peras, caquis, nísperos. También muchos durazneros... ¡Vivíamos trepados a los árboles comiendo frutal". Los chicos de los alrededores, entre sus juegos y correrías, elegían la aventura de ir a robar fruta a las quintas de la zona. La de los Ayerza era una de ellas y así lo recuerdan tanto los vecinos de Cas telar, como los que vivieron en la casa. "Entraban chicos del barrio a robar fruta. Entonces nosotros gritábamos ¡ papá hay pi/litos... Entonces salíamos con el auto, nos reíamos como locos, y los chicos salían corriendo de la quinta".

Y no sólo eran los niños, "había tantos árboles y tantos frutales, que los carteros entraban por la punta de la quinta que estaba donde empieza la bajada que daba al arroyo y sallan por la otra punta... O sea que hacían en línea recta más de 1000 metros, con las últimas cartas y en sus valijas iban poniendo fruta, fruta y fruta! Hasta que llegaban al final".

El rosedal - La Quinta de los Ayerza fue famosa por su rosedal. De acuerdo al testimonio de sus descendientes había dos rosedales que estaban rodeados por alambrados y tenían cuatro entradas, con pequeñas tranqueras pintadas de blanco. Estaban ubicados cerca de la casa, no muy lejos de la pileta de natación que estaba construida en alto ya que también era utilizada para el riego. El rosedal ocupaba dos hectáreas y albergaba una extraordinaria colección de rosas, que Don Rómulo encargaba a Europa y que llegaban año tras año en unos cajones que "abuelo abría con éxtasis", según recuerdan sus nietos. De esas cajas "salían unos palitos negros, cada palito de estos tenía un tubito de vidrio con el nombre de la rosa.

Eran las novedades que hablan salido de Francia o de Inglaterra, llegaban dos de cada variedad. Y las colocaba, las cuidaba, las cultivaba. Los grandes floristas de Buenos Aires de ese momento hablaban con abuelo, iban a buscar gajos y hacían sus brotes y sus plantaciones con las de abuelo que eran muy importantes".

Entre los floricultores y paisajistas de esa época se recuerda la relación de Rómulo Ayerza con el Ing. Agrónomo Benito Carrasco, quien fuera Director de Parques y Jardines de la Ciudad de Buenos Aires y autor de la diagramación del Rosedal de Palermo. También estaba vinculado con Federico Hlntermeyer, destacado floricultor y paisajista de la zona norte, poseedor de grandes viveros y pionero en la materia. La importancia de los espacios verdes había cobrado gran auge desde el fin de siglo.

En 1914, se habla inaugurado en Palermo el "Jardín de Rosales", conocido más tarde como el Rosedal. El Diario La Prensa daba cuenta del evento refiriéndose a la "profusa variedad de rosas, dispuestas en artística combinación de colores, entre los que figuran todas las gradaciones del matiz, desde la encendida púrpura de la

llamada rosa de fuego hasta el blanco impoluto de las camelias". Esa vistosa colección de 8000 ejemplares contó con el aporte de las rosas que Rómulo Ayerza cultivaba en Castelar.

Según sus descendientes, también las rosas que decoraban la plaza de Ayacucho y otra en la ciudad de La Plata, eran variedades que provenían de su quinta. En cuanto al cuidado del rosal, su nieta Esther cuenta: "Yo me acuerdo de un peón con arado de mano y caballo, pasando por entre las filas del rosal, para moverles la tierra. Y después venían con el agua que largaban, y con azada iban abriendo el canal por todos los rosales. En cada uno habla un hierrito largo con un número en esmalte para identificarlos. Y abuelo tenía un archivo con el nombre de cada rosa". Don Rómulo era un verdadero especialista, y sus directivas en cuanto al cuidado del rosal eran cumplidas por Pedro Lind, su fiel empleado, y varios peones. También en la quinta se cultivaban orquídeas en tres invernáculos de madera con calefacción y media sombra. Recuerda Esther Ayerza: "Cuando abuelo, a los 70 años, decretó que ya no tenía necesidad de veranear en la Quinta San José en Castelar, ya que afirmaba que era mejor veranear en la Plaza de Mayo, porque su casa de residencia era cerca de allí (en la calle Ate/na y Tacuarí), Pedro Lind -que era el encargado de la quinta, de las rosas y de todo eso- le llevaba las orquídeas que iban a florecer y él las terminaba de cultivar. Porque en la casa de la calle Alsina tenía otro invernáculo." (...)

### **El castillo de los Ayerza**

Abandonamos por un momento la ventana de la buhardilla, donde nos habíamos instalado simbólicamente, para hurgar en las torrecillas de la misma, algún indicio que develara su secreto y paulatinamente descender silenciosamente por la escalera de cedro hasta el primer piso y la planta baja, recorriendo con la mirada interrogante cada objeto colgado de las paredes, el mobiliario y los rincones donde se escondían cosas, recuerdos y anécdotas de quienes pisaron por primera vez la casona y de los Ayerza que siguieron más tarde, mientras siguen brotando los interrogantes: ¿Quién construyó la mansión y en qué modelo o fuente se inspiró el arquitecto?, ¿quién ordenó la construcción y quienes la habitaron por primera vez...?

"No existe la documentación que acredite quién construyó el castillo -sigue la Prof. Sáez-, pero suponemos que fue José Sahores Prat, quien ateniéndose a los criterios estéticos imperantes en la época, encargó una vivienda que respondía a los modelos arquitectónicos europeos de las clases adineradas. Tres eran básicamente los ejemplos que tomaban nuestros arquitectos y constructores a la hora de proyectar: la villa italiana, el palacio francés y la casa de campo inglesa. Es necesario aclarar que no podemos hablar de estilos sino de tendencias, que muchas veces fueron puramente decorativas y no estructurales. Lo cierto es que a partir del primer cuarto del siglo XIX, se fueron imponiendo nuevas ideas que aspiraban superar la herencia española.

La construcción que nos ocupa tiene una clara influencia de la arquitectura francesa, paradigma que las élites criollas tomaron y que se manifestó especialmente en los edificios públicos. La sociedad argentina vivió una modernización que se vio acentuada por la llegada de notables arquitectos franceses que influyeron en el diseño urbano, la decoración de interiores y también en el paisajismo. De acuerdo a los testimonios de los descendientes de Rómulo Ayerza, esta mansión está inspirada en la casa donde falleció el padre de Santa Teresita de Jesús, el Chateau de la Musse, cerca de Lisieux, Francia. Las fotografías nos muestran un leve parecido en el tipo de estructura, siendo la francesa mucho más grande, y también en los colores, donde predominan el rosa subido y los marcos blancos de puertas y ventanas (...).

En una larga entrevista a Esther Ayerza Bosch de Vivot, a la que se incorporó más tarde su hermano Diego Ayerza Bosch, ambos nietos de Don Rómulo, hemos obtenido un minucioso relato sobre la vida de la familia en la Quinta San José, entre las décadas del 20 y el 50. En este testimonio, que enriquece la descripción

técnica del edificio, se detalla cómo era la casa, cómo estaban distribuidos sus espacios y cuáles eran sus funciones.

Esther Ayerza cuenta: "La quinta de Morón, que era de mi abuelo, ya había comprado en 1896 y lo hizo porque su mujer María Jacobé, después su hija, y luego toda su familia, heredaron el asma como un signo familiar. X en ese momento se decía que Castelar era un lugar alto, que era bueno para los pulmones. Así que, por eso fue que el abuelo compró esa quinta".

El terreno donde estaba ubicada la casa formaba parte de un gran lote que se extendía de este a oeste, desde el arroyo Morón hasta la calle Zapiola, y se amplió posteriormente hasta la actual calle Avellaneda; de norte a sur iba desde la actual Avda. Sarmiento hasta las vías del Ferrocarril del Oeste. En el predio inicial había varias edificaciones, algunas incluso más antiguas que el propio Castillo.

Este edificio es un típico palacete francés, antaño rodeado de amplios espacios verdes. Con una estricta simetría academista, posee tres niveles y un subsuelo. Al "piano nobile" se ingresaba mediante una gran escalinata central de mármol blanco, hoy modificado por escaleras paralelas a la línea de edificación, revestidas, al igual que el zócalo del subsuelo, en ladrillo visto. Dos grupos de columnas jónicas enmarcan el ingreso principal, resuelto a modo de "logia".

Molduras y dinteles en relieve destacan los amplios ventanales, todos con grandes balcones con balaustre. La cubierta está resuelta en mansarda con crestería de zinc." El acceso principal al Castillo era por el norte, hacia donde estaba orientada la escalinata de entrada de la casa, También existía otra entrada del lado de las vías del Ferrocarril, que era la que habitualmente utilizaban quienes hasta allí llegaban. Recuerda Esther Ayerza: "La entrada importante estaba sobre Sarmiento, que tenía un portón de tres puertas. Uno ancho como para autos y dos a los costados como para personas, con sus lindas rejas y las columnas que eran también coloradas como la casa. La casa siempre fue de color rosa oscuro...

Siempre entrábamos por el portón que estaba al lado de la barrera que estaba al final de la calle Zapiola. A esa altura había ahí una casilla de señales que decía Ayerza, un poquito antes de la barrera. Pero el tren no paró nunca ahora. Evocando el recorrido, Esther recuerda cómo era la llegada a la Quinta San José: "Entrabas por una calle de casuarinas que iba hasta la casa... tres o cuatro cuadras. Después llegabas y había una escalera grande de mármol. Subías, entrabas, y había un hall largo. A la derecha la primera puerta, que tenía un vitraux, era la capilla donde todos los días había misa, en época de abuelo. A la izquierda estaba, al frente el escritorio, y después estaba el dormitorio principal, que era donde dormía abuelo... Luego el gran comedor y el baño. Después el comedor tenía una especie de office grande separado por una mampara de vidrio y un montacargas por donde se bajaba o subía la comida, porque la cocina era abajo".

El amoblamiento de la casa, a pesar de que los muebles eran traídos 'de Europa, era según recuerda Esther, muy sobrio. Las paredes estaban prolijamente empapeladas con un diseño de flores: Esther recuerda, y nos muestra en medio de su relato, unos libros forrados con ese papel. Continuando con el recorrido, subimos al primer piso. "De la planta de entrada salía una gran escalera... que subía a los tres pisos. Era importante, de roble, muy linda. "Y continúa: "Entonces se subía por la escalera, era altísimo... y llegabas al piso del medio, que era el de los dormitorios. Al frente daban dos dormitorios, después había dos más que daban uno al costado y otro al fondo, y un gran cuarto de estar, y el baño en la torre". Y concluye Esther "Seguías por la escalera y llegabas a la mansarda, donde había como dos departamentos, un cuarto de estar, un dormitorio, y un baño".

En cuanto a los sanitarios, de acuerdo a los testimonios, existía uno solo cuando Don Rómulo compró la casa. En 1946, su hijo Luís le agregó un baño por piso en la torre que está ubicada en la esquina sureste. Esto hace que hoy estos cuartos de baño nos sorprendan por su forma circular y sus coloridos vitrales.

El subsuelo - A veces, tan enigmático como la buhardilla suele ser el lugar inferior de este tipo de mansiones, lo que está abajo: estaba destinado -como era costumbre y respondiendo a una marcada jerarquización de usos y funciones- a!

servicio doméstico. Según cuenta Esther, "abajo estaba la despensa, la enorme cocina y el comedor de servicio. Habla tres dormitorios muy grandes para el personal doméstico. Y una carbonera porque la cocina era de carbón... El lavadero estaba afuera".

De los servidores recuerda: "Había un cocinero que era el único que no vivía en la casa, era un italiano... Después estaba el pinche de cocina con su señora que era la lavandera... También estaba Helena Lamber, que era la mucama de adentro de abuelo, que era irlandesa o algo por el estilo, que también era fija porque después venía a la casa de Buenos Aires todo el año... Cuando venía mi tía Lía, casada con Belocq, traía su mucama particular. Y después había siete peones que eran los que se ocupaban de la quinta, que eran los que araban el rosedal. Pero el hombre de confianza del abuelo era Pedro Luna".

La Capilla - La familia Ayerza poseía dentro de su finca una capilla doméstica, ya que contaban con un permiso especial para dar misa. Si bien estaba dentro de la casa, las misas se hacían en el exterior de la misma. También allí se realizaban bautismos y casamientos. Cuenta Diego Ayerza que eran "privilegios que tenía la familia. Se daba a ciertas personas y seto dieron a mi abuelo... Mi abuelo, cuando se recibió de ingeniero viajó a Roma, y él llevó el óbolo de San Pedro al Papa, que era el resultado de una colecta que hacen todas las iglesias a Roma. Allí se hizo muy amigo del Papa, al que le llamó mucho la atención este joven argentino... Argentina era muy importante en el concierto del mundo en ese momento, y le dio el privilegio de poder tener un altar privado y misa privada con todos los atributos de una parroquia. Por eso se podían casar y bautizar en nuestra casa". Incluso, recuerda Esther: "Mis tías enseñaban el catecismo a todos los chicos que quisieran. Hubo casamientos, hubo bautismos y todos los domingos había misas".

Nota: Efectivamente, cuando los Oblatos adquirimos el Castillo, estaba todavía la capilla, a la derecha de la entrada principal. El altar y los revestimientos eran todos de cedro importado, lo mismo que las estatuas del Sagrado Corazón y San José y las puertas tenían vitrales alusivos. Tengo en mi poder el permiso otorgado a favor de Rómulo Ayerza, fechado en Roma el 6 de noviembre de 1899.

### **El Barrio Parque Ayerza**

Desde la buhardilla la mirada se agudiza.... Como el aguilucho enfoca su mirada inquisidora sobre el objetivo, ya al alcance de sus garras y de su pico dispuestos a satisfacer su apetito, en premio a su larga y paciente espera, también la mía y la mirada de todos ustedes, estoy seguro, se concentra en el entorno inmediato al emblemático edificio central de la quinta ya próxima a la subdivisión, al "desgarro", ignorante de su destino inmediato.

Los interrogantes se agolpan desordenados en la medida en que, "desde la buhardilla" la mirada se pasea interrogante de uno al otro extremo de las 15 hectáreas y se prolonga casi sin obstáculos hacia lo que hoy es Jumbo, hacia las vías del ferrocarril o hacia el campo de aviación..., mientras se va deteniendo inquisidora sobre cada uno de las construcciones, edificios secundarios y espacios internos del predio, cuyo destino aún era una incógnita...

¿Qué pasará con la cochera empapada de tanta historia?, ¿hacia dónde emigrarán los rosedales que eran el orgullo de Don Rómulo?, ¿Quiénes serán los futuros moradores de los edificios menores?, ¿qué suerte correrán los árboles vetustos, testigos de historias y anécdotas cobijadas a su sombra?... y, mirando más de cerca "desde la buhardilla": ¿cuál será el destino de la estatua broncea de San José, de la pileta de riego y para solaz veraniego de la familia Ayerza?... pero, lo que más interesa: ¿qué va a pasar con la "casona colorada", con "el Castillo" y lo que albergan sus muros?...

"En los años 50 - continúa &.S. -, Castelar crecía, los vecinos se organizaban hacia tiempo en sociedades de fomento que luchaban por el asfalto de las calles, los pasos de piedra y la iluminación, entre otras mejoras que harían del paraje un lugar más seguro y transitable. De cualquier modo la urbanización de la zona, que abrió paso a barrios residenciales de casas bajas con techos de tejas que dieron una

marcada identidad a la localidad, aún dejaba amplios espacios verdes y terrenos baldíos.

El Castillo siguió siendo la referencia más importante para los vecinos, destacándose por su altura y su color rosa fuerte. Por entonces funcionaba en Castelar sur el Aeropuerto Internacional de Morón y los aviones que surcaban el cielo de la localidad, también lo tomaban como referencia. Dice Diego Ayerza: "Yo se por pilotos de aviones (yo soy piloto), que la casa estaba como punto de referencia para las maniobras de aproximación, porque era la única casa alta que había, porque seguía todo pelado eso... Al lado de la pileta había un tanque de agua muy alto, porque el abuelo necesitaba mucha presión de agua para el riego de los Invernáculos. Yo me subía a ese tanque con el argumento que me iba a estudiar ahí arriba, y desde el tanque yo veía la pista... Hoy no creo que se vea".

El loteo del terreno debió planearse con prisa, cuando la familia supo por trascendidos que el gobierno de Perón quería expropiar la quinta para convertirla en un campo de recreación de la UES. El remate de los lotes y el trazado de calles fueron aprobados por la Municipalidad de Morón en abril de 1950. Los vecinos aún lo recuerdan: "La quinta de los Ayerza se loteó en noviembre de 1950. El martillero sacó los terrenos que estaban sobre el frente de Zapiota y las vías hasta Sarmiento a \$2.50 la vara... (...). El martillero era Astorga. (...)

A medida que la época de las lujosas residencias de verano declinaba, Castelar fue creciendo y convirtiéndose en ciudad. Nuevos vecinos se fueron instalando en los terrenos loteados, mientras se establecían nuevos comercios y se creaban clubes, escuelas y otras instituciones. Castelar se transformaba en una zona residencial de clase media y lentamente irían desapareciendo las quintas señoriales y las grandes arboledas que caracterizaban su paisaje. La institución pionera de la localidad fue la Sociedad de Fomento de Castelar, fundada el 8 de junio de 1924. Sin embargo, pronto fueron surgiendo nuevas entidades barriales. En un principio, los vecinos de Parque Ayerza formaron parte del radio de influencia de aquella Sociedad de Fomento, pero pronto se organizaron en forma independiente.

En noviembre de 1954 se abrió la licitación para la pavimentación de las calles y en junio del año siguiente, los vecinos del barrio firmaron contrato con la empresa Peterson. Poco más tarde, se conformó la Sociedad de Fomento de Parque Ayerza. El primer testimonio de su existencia es de junio de 1957, en que el Municipio le otorgó un terreno fiscal "para la práctica de deportes de los niños de la zona". (...)

### **Evocación "desde la buhardilla"...**

Evocación, por tanto, memoria, recuerdos, nostalgias... es ese ejercicio del espíritu que nos invita a sumergirnos en un pasado presente o en un presente que supone un pasado. Y es también hablar de un futuro presente o de un presente que se proyecta en el futuro. Es re-visitarse sueños, ilusiones y proyectos... Sueños que engendraron ilusiones. Ilusiones que generaron proyectos. Proyectos convertidos en realidad... Es imaginar lugares, rostros familiares y otros ocasionales, afectos y tiempos compartidos... y también, ¿por qué no?, admitir luces y sombras, debilidades y fortalezas, aciertos y errores... Un poco de todo eso es hablar de Inmaculada y del "Castillo" que la alberga, en su trayectoria cincuentenario en los pagos de Castelar, aún cuando esta historia nace mucho antes y es más abarcativa aún.

Un cierto halo de misterio, de fantasía provocadora de imágenes, envolvía la mansión llamada "el Castillo", "la casona colorada", el "palacio Ayerza"... Así se veía la casona escondida entre el follaje de árboles vetustos, centenarios algunos, como el aguaribay llamado "el abuelo", la tipa con su sinfonía de colores y formas caprichosas, el roble mayor, los pinos y muchas especies que ya no están. Supimos que se trataba de la "Villa San José", porque así rezaba un letrero esculpido en su frontispicio, y porque en el camino que discurría entre un túnel de árboles frondosos (entrando por la calle Sarmiento) había una fuente con una estatua bronceada dedicada a San José, el santo que protegía la casa y recibía a los viajeros.

Como vimos, el predio donde se encuentra el "Castillo", es la última fracción de una superficie de 150.000 m<sup>2</sup> que conformaba la quinta Ayerza, limitada: al norte por la calle Sarmiento, al sur por las vías del ferrocarril, al oeste por la calle Avellaneda y al este por el arroyo Morón. Aquí, a este lugar fascinante llegaron los misionarios Oblatos de la Virgen María, Congregación fundada por el Venerable Padre Pío Bruno Lanteri, de cuyo nacimiento en Cúneo (Piamonte-Italia) el 5 de agosto de 1759 se cumplieron 250 años.

De modo que la historia del Instituto en Castelar se remonta al año 1959, pero hunde sus raíces en 1896 y se pierde en un tiempo anterior aún. La historia remota, como vimos, tiene que ver con la historia del pago de Morón. En efecto, en un artículo publicado en 1987 por el diario "La Nación", leemos:

"En 1859, a instancias del juez de paz de Morón, el ingeniero Adolfo Sourdeaux levantó el primer censo de chacras del partido". Años más tarde, un aviso publicado por el mismo diario, describía nuestro lugar, Castelar -al que llamaba "cumbre del Chimborazo"- como "la Córdoba chica, ubicada a 22 kilómetros de Congreso y a 25 metros sobre el nivel del mar, y cuyo aire, muy sano, era indicado para los enfermos de males pulmonares".

... Los nombres de las quintas eran E/vira, Victoria Farm, San José, Los Aromos, Quinta de Brea, San Antonio, Cinco Torres, etc. En una de ellas, Victoria Farm, vivía don Estanislao Zeballos... Sus vecinos eran los Leloir, Udaondo, Bava, Rómuio Ayerza (dueño del famoso Castillo que ahora sirve de sede al Instituto Inmaculada) y luego el propio Juan B. Justo, que por un tiempo intentó dedicarse a! cultivo del olivo... "(La Nación, 10 de diciembre de 1987).

Este es el antecedente inmediato de la presencia de los Oblatos en el Oeste (en Villa Udaondo, entonces jurisdicción de Castelar) y de la génesis de nuestro Instituto, que surge donde hoy es la parroquia de N. Sra. de Lourdes, en 1957, como transformación de la Escuela apostólica María Inmaculada. La idea, para entonces de avanzada, de transformar el pequeño seminario en escuela abierta para todos, fue del +P. Otelo Ponzanelli, secundado por los Padres +Eduardo Uhart y Néstor Ornar Domínguez, con la colaboración de los seminaristas Carlos Cravea y Julio Cura. De modo que Inmaculada comenzó en Villa Udaondo y allí permaneció durante los períodos lectivos de 1957 y 1958.

Sin embargo, Udaondo no era de fácil acceso para los alumnos provenientes de Castelar, Morón, Ituzaingó y localidades aledañas. Por esta razón, considerando la proximidad a la estación ferroviaria de Castelar y la presencia de otros medios de transporte, la Congregación compró a los herederos de la familia Ayerza, el terreno que hoy ocupa el Instituto y que por ese entonces estaba subdividido en 27 lotes, incluido el "Castillo".

Así entramos en la historia reciente: la llegada de los Oblatos a Castelar, está registrada en un escrito de la recordada religiosa Marta Ayerza a su hermana Sara Pereyra, ambas religiosas de la Congregación Sagrado Corazón (ahora retornadas a la Casa del Padre). La carta- memoria estaba fechada el 15 de abril de 1992, y comenzaba así:

"Querida Sara, a tu pedido fui llamando a las colegas, comenzando por Magda (Ayerza) sobre los datos que recordaran de la Casa grande.

Del diario de mamama, escrito por su puño y letra dice: El 28-X-1896: "hoy a las 14hs firmamos la compra de Morón" en \$45.000. Entonces no existía Castelar, bajaban del tren en Morón y en coche de caballos llegaban a la quinta; era zona de veraneo de la sociedad y la compran por el asma de mamama...

En 1958 papá vende la casa a la Congregación de los Oblatos de la Virgen María -7.700 m<sup>2</sup>, con la fuente y la pileta. No he podido conseguir el nombre de los dueños primitivos que la edificaron con planos traídos de Francia, y es curioso observar su parecido con el Chateau de la Musse, cerca de Lisieux, donde murió el papá de Santa Teresita (Francia). De eso no doy fe, solo por comentarios".

El "Castillo", ya estaba deteriorándose, y en la mente de los vendedores sería destinado a la demolición, en caso de ser adquirido para fines comerciales o

especulativos. El hecho de que los Oblatos querían destinarlo a Colegio fue un motivo de tranquilidad para los vendedores y de gozo para los vecinos de la zona. Finalmente en 1959, con el apoyo de un grupo entusiasta de amigos y colaboradores, se realizó el traslado del Instituto, desde N. S. de Lourdes al "Parque Ayerza". En las dependencias del "Castillo", a pesar de los inconvenientes propios de un edificio destinado a otros fines, comenzó a funcionar el Colegio, con once divisiones distribuidas desde los sótanos hasta la buhardilla, desde donde simbólicamente sigo rumiando el pasado y avizorando el futuro.

Recuerdo vivamente las primeras sensaciones experimentadas al pisar por primera vez los escalones de mármol de carrara de la entrada principal de esa mansión rojiza, cuya silueta contemplaba desde el tren, como algo lejano y enigmático cuando viajaba desde Liniers a Castelar muchos años antes (i ya en 19471).

Todavía estaba circundada de una tupida vegetación de plantas y árboles frondosos, testigos silenciosos de tantas vivencias y anécdotas ocurridas bajo sus ramas.

Pero las impresiones más intensas comenzaron al trasponer la señorial puerta central, dejando a la derecha la Capilla y a la izquierda lo que debió ser un estudio para dirigirme hasta la imponente

La escalera de cedro, que unía la planta baja con la buhardilla, pasando por el piso intermedio. Al pie de la misma hacia la ! derecha aparecía el pasillo con perchero y espejo que , conducía hacia un balcón lateral y desde allí bajaba otra | escalera artística para alcanzar el subsuelo cuyas paredes parecían las de una fortaleza feudal.

La fantasía se acrecentaba al oscurecer, sobre todo cuando había corte de luz y comenzaba el juego de las las sombras sugerentes, provocadas por la luz de las velas. Entonces comenzaba una sinfonía de ruidos, crujidos de madera, golpear de persianas, aleteo de alguna lechuza que se posaba en las cornisas en busca de insectos o por el gusto de provocar nuestra imaginación...

Desde diciembre de 1958 hasta la construcción del nuevo edificio anduvimos como nómades, dando prioridad a las aulas improvisadas del Colegio y arreglándonos en cualquier rincón para dormir y organizar nuestra vida comunitaria. A veces era un pasillo, otras un rincón de la buhardilla, hasta convertir un baño en habitación improvisada. La cocina y el comedor estaban en el subsuelo, que sirvió también de aula y comedor de medio-pupilos y de laboratorio en lo que hoy es el buffet. Hoy tendría que forzar la imaginación para reconstruir los once espacios destinados a otras tantas divisiones.

En 1962 se bendice la piedra fundamental de las instalaciones que hoy ocupa el Instituto y simultáneamente, gracias a la valiosa colaboración de una benefactora (la señora Sraciela C. de Schmukler), se ponen las bases de la Capilla dedicada al "Dulce Nombre de María" (esquina Zapiola y P. Soyena), inaugurada el 12 de septiembre de 1963.

El Instituto era solo de varones hasta 1973, fecha en que comienza la modalidad de escuela mixta. Hecho importante, puesto que -a pesar de no ser comprendido y hasta resistido por algunos vecinos- marcó un hito histórico entre los institutos educativos religiosos de varones y de mujeres del Oeste, cuya modalidad hoy es vigente en todos ellos.

Recuerdo vivamente el momento del inicio del ciclo lectivo de ese año: rodeadas de centenares de varones, la presencia de nueve nenas, 9 guardapolvos blancos como palomas posando en un planeta masculino desconcertado. La experiencia fue más que positiva y hoy muchas de ellas son profesoras en la casa que las recibió de pequeñas.

Es digno de notar, también, que junto al cincuentenario de Inmaculada, celebramos los 50 años de un Movimiento que, bajo la intuición y conducción clarividente del sacerdote oblato Eduardo Uhart, tuvo su origen y desarrollo en las dependencias de este mágico "castillo". Se trata del Movimiento Amistad, inspirado en el proyecto pastoral de las "Amistades" dirigidas por el fundador de los Oblatos, P. Bruno Lanteri, allá por el '800 piamontés. Este grupo de jóvenes, iluminado por la Palabra

de Dios, tuvo una presencia determinante en distintas manifestaciones de la vida cristiana, social, cultural y profesional del partido de Morón y del Oeste bonaerense.

### **El Castillo de los Ayerza Hoy**

"Actualmente el Castillo presenta cierto grado de deterioro en sus paredes interiores, en su ornamentación exterior y en los techos. Se solicitó a la Dirección de Museos de la Provincia de Buenos Aires un diagnóstico sobre el estado del inmueble y ésta dictaminó que, de no emprenderse su puesta en valor, diversos factores actuarán progresivamente y el deterioro aumentará. Esta antigua casona continúa siendo un referente para la comunidad de Castelar y de todo el partido, ya que es uno de los pocos ejemplos que se conservan de las antiguas mansiones señoriales del siglo XIX que no ha sufrido intervenciones importantes que alteren su fisonomía original. Por sus características arquitectónicas, únicas en la zona, y por su historia, es uno de los edificios de valor patrimonial que es necesario resguardar para las generaciones venideras" (Prof. Sraciela Sáez).

### **Epílogo**

Parfraseando el libro del Eclesiastés que dice: "Hay un tiempo para cada cosa... un tiempo para nacer, otro para morir; un tiempo para sembrar, otro para cosechar: un tiempo para reír, otro para llorar..." (Ecl. 3,1-8), concluyo diciendo que a Inmaculada le llegó también su tiempo: el tiempo para recoger lo sembrado a lo largo de su historia cincuentenario. El tiempo para gozar el fruto del esfuerzo compartido con directivos, docentes, administrativos, personal de mantenimiento... y tanta buena gente: amigos, vecinos, familias, alumnos, ex-alumnos... El tiempo de pedir perdón por los errores y heridas... El tiempo de dar gracias a Dios por el trabajo realizado y de mirar con renovada confianza el futuro. El tiempo de volver a empezar...

En el gimnasio de la escuela hay un letrero que comienza con un "No es fácil..." y finaliza con un "... pero vale la pena." Ciertamente no fueron fáciles los comienzos ni los desafíos y dificultades que hubo que afrontar, pero mirando hacia atrás y comprobando la legión de profesionales y trabajadores, hombres y mujeres de bien egresados, no dudamos que ivalidó la pena haber sembrado!

*Comunidad de los Oblatos y Educadores del Instituto Inmaculada.-*